

La adolorida generación del 50

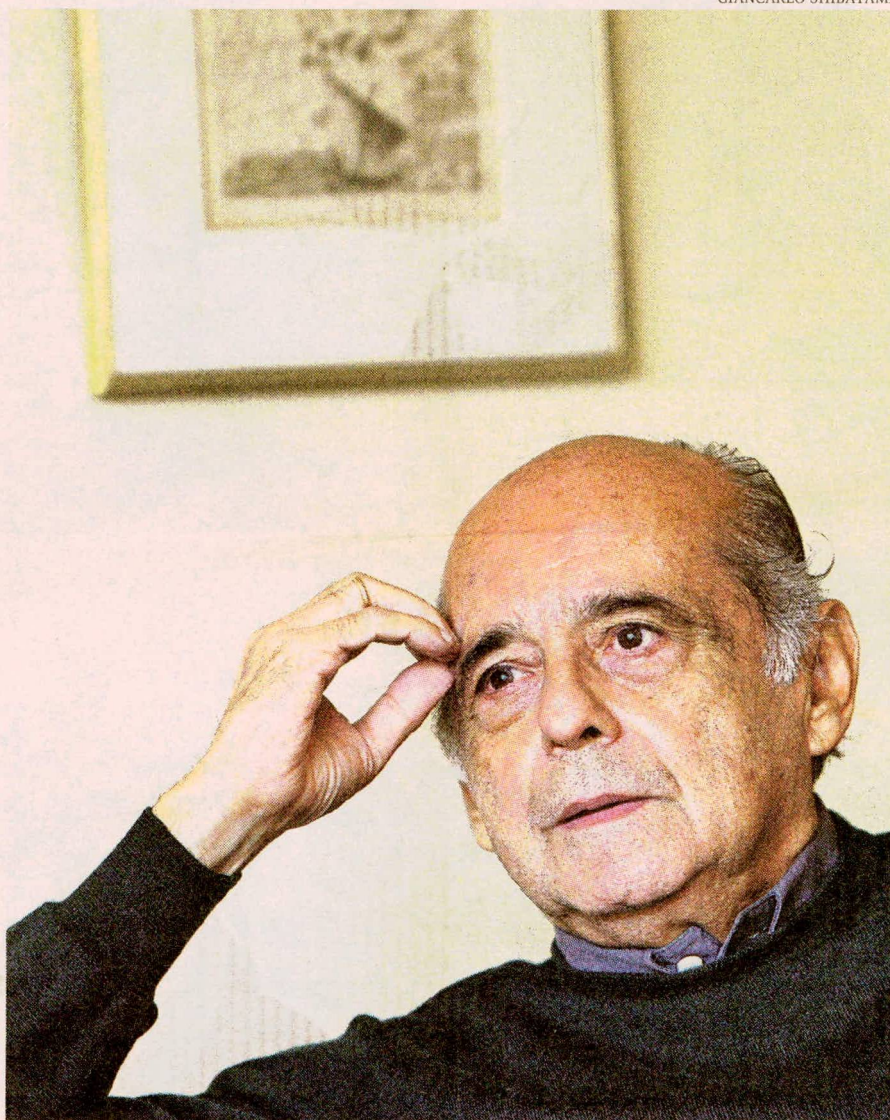
Los poetas que se fueron

La reciente muerte de Pablo Guevara, uno de los nombres cruciales de la poesía peruana, motiva esta sentida reflexión sobre el destino trágico de una generación brillante que llega a su ocaso.

→ por **Abelardo Sánchez León**

Mi generación es la de los años 70 y ella surgió matando, si esa expresión tiene algún valor real, a los poetas del 50. En *Palabras Urgentes*, el documento primigenio del grupo Hora Zero, se les criticaba su obra y sus vidas. En verdad, se trataba de vidas desvencijadas, burocráticas, sin mucha luminosidad. La generación del 50 es la de los poetas de la clase media dedicada a la enseñanza universitaria. Tulio Mora tiene un célebre verso en donde dice que no le gustaría vivir como Martín Adán ni morir como Washington Delgado. Sin embargo, los poetas de la generación del 50 fueron nuestros padres, además de ser unos muy buenos poetas. Ahora, después de décadas, el tiempo se ha encargado de enviarlos, uno a uno, a sus tumbas.

Si bien no tiene el sino trágico de la generación de los años sesenta, que vio morir a edad temprana a varios de sus integrantes, como Javier Heraud, Edgardo Tello, Luis Hernández y Guillermo Chirinos Cúneo (a quien imagino muerto), los poetas de la generación del 50 han sufrido mucho, demasiado, di-



↑ Carlos Germán Belli, quizá el poeta más regular y experimentador de los 50.

“ Han sufrido mucho, demasiado, diría yo, porque han vivido largo y tendido y la vida les ha jugado todo tipo de bromas pesadas y de mal gusto ”

ría yo, porque han vivido largo y tendido y la vida les ha jugado todo tipo de bromas pesadas y de mal gusto. Se trata de una generación adolorida. Cuando pienso en el poeta Javier Sologuren se me parte el alma. Una persona buena, generosa, que dio tanto sin pedir nada a cambio, sufrió con creces: se separó de su primera mujer, tuvo un accidente automovilístico (él no manejó nunca) que lo dejó durante meses

GIANCARLO SHIBAYAMA

tumbado en una cama justo el día que ella se fue del país, sus hijos se marcharon con su madre al extranjero dejándolo solo, su segunda mujer, a quien sí amó con pasión, enfermó de cáncer y tuvo que sobrevivirla en un asilo sin memoria y a disgusto. Para muchos, Javier Sologuren era un niño en el sentido aquel de que el poeta conserva la mirada deslumbrada de los niños. No lo imagino ni intrigante ni envidioso ni celoso. Felizmente sus poemas – su obra completa es editada por la Universidad Católica – brillan como la luz desconcertada de Los Ángeles, ese territorio rústico situado un poco más allá de Chacacayo, donde lo conocí en su casa llena de libros.

GONZALO ROSE, PACO BENDEZÚ

Desde la otra ribera, en aquella de la noche y la tristeza, surge el rostro abultado de Juan Gonzalo Rose, el poeta de la ternura y cierta clandestinidad sexual. Juan Gonzalo fue perdiendo poco a poco su ironía fina y a las finales de su vida era un gordo abstemio que se sentaba en un café de Magdalena del Mar, frente a la Residencial San Felipe, a ver pasar a los transeúntes. El Juan Gonzalo de mi juventud, en el bar Palermo, había dejado su lugar a este lúgubre poeta entrado en años, hinchado por las pastillas, que vivía recostado en su familia. Irónico siempre, cuenta la leyenda que una vez Víctor Raúl Haya de la Torre le recordó que en su remota juventud el poeta “había sido aprista”, a lo cual él le había respondido sarcónicamente “y usted también, Víctor Raúl”.

La generación del 50, sin embargo, no fue una generación bohemia. Quizá Paco Bendeuzú, el niño grande, el poeta con facha de boxeador, enamorado eternamente de Brooke Shields, entre otras legendarias figuras del celuloide, conocedor como pocos de la historia del bolero y el cine mexicano, un poeta solitario, bebedor por necesidad, cuando se jubiló de la Univer-

LITERATURA

ARCHIVO



↑ Sebastián Salazar Bondy, uno de los animadores culturales de la década del 50.

sidad de San Marcos su madre, desahogada por el acontecimiento, le dijo: "qué va a ser ahora de tu vida, hijo". A pesar de las angustias de su madre, Paco fue un poeta que las pasó pésimo en el tramo final. Su contacto con la realidad era precario. Su gran amor fue una ilusión y quizá por eso es el autor de unos de los versos más logrados de la poesía amorosa peruana: "Yo soy el granizo / que entra aullando / por tu pecho desquiciado". A las finales, claro, Paco no salió de su casa, una propiedad que el destino quiso que tuviera, pues andaba gotoso, obeso y abochornado. En general, los poetas del 50 han sido personas ordenadas, muy diferentes a las figuras de Juan Gonzalo y Paco, regulados por una rutina basada en la normalidad. Quizá el poeta más regular y, curiosamente el más experimentador, sea Carlos Germán Belli. Belli es el amanuense, el hombre gris, de terno y corbata, que tenía horarios precisos en sus diversos trabajos burocráticos. Yo lo conocí cuando era estudiante de Letras y fui a visitarlo a su casita de la plazuela central de Jesús María. Calvo, serio, parco, este gran poeta ha sido reconocido recientemente por la crítica chilena y ha recibido uno de los premios más importantes del país del sur. Este gran poeta no ha podido recibir con alegría este reconocimiento, de alguna manera tardío, porque una de sus hijas acaba de perder la vida en un accidente de carretera. Ella había venido de Italia, donde residía, a reconocer su país con su marido y le ha dejado clavada al poeta una de las penas peores. Porque la vida de Carlos Germán transcurrió al lado del dolor físico, cuando desde niño supo de las limitaciones físicas y mentales de su hermano Alfonso, limitaciones que a la larga marcaron su mirada del mundo. En el caso de sus hijas, ese lustre inalcanzable, se refiere al cielo, este cielo del mundo siempre alto, que desea mirarlo "aunque sea en la cara de mis hijas".

La muerte de los hijos es la pena de los poetas del 50. Blanca Varela, la parca, la extraordinaria poeta, sobrevivió a la muerte de su hijo Horacio en un accidente de aviación. Esa muerte fue como un latigazo en la cara. Fue un verdadero concierto animal en sus entrañas. Washington Delgado nunca expresó su dolor cuando uno de sus hijos murió atropellado

por un automóvil en Lince. En una oportunidad, me declaró que solamente el tiempo podía aliviar esa pena. Pero nunca le saqué más, nunca abordaba el tema. Pienso que para Washington la muerte a secas, y la muerte de uno de los hijos, es la gran interrogante de la poesía. En Quito, cuando lo frecuenté por última vez con Mario Montalbetti y Alberto Benavides, en el 2002, Washington Delgado se despedía de la vida ordinaria subiendo a desgana aquellas calles seranas. Nos decía adiós, como su Artidoro final.

SALAZAR BONDY, EIELSON, GUEVARA

La generación del 50 supo, sin embargo, de la muerte temprana a través de la desaparición de Sebastián Salazar Bondy, un poeta generoso que se dedicó a practicar diversos géneros, como la poesía, el teatro, el ensayo, el cuento y un atisbo de novela. Era alto, delgado y enfermo. Para muchos era un verdadero "animador cultural" y yo lo recuerdo conversando en uno de los cafés de las galerías Boza, por el jirón de la Unión. Al otro extremo de la muerte de Sebastián se encuentra la de Jorge Eduardo Eielson, el poeta nadador, juguetón y pintor, que perdió a su hermano cuando todavía era un muchacho. Jorge Eduardo tuvo una perenne sonrisa al escribir poesía, porque a veces la escribía con ánimo juguetón y en otras la remecía

“ Desde la otra ribera surge el rostro abultado de Juan Gonzalo Rose, el poeta de la ternura y cierta clandestinidad sexual ”

un espíritu dramático. Murió en Cerdeña, entre el campo y el mar, cumplidos los ochenta años, digamos con su obra realizada. Ahora que acaba de fallecer Pablo Guevara, el más joven de todos ellos, nacido en 1930, solamente nos queda en vida una Blanca Varela disminuida físicamente y un eternamente joven Leopoldo Chariarse. Pablo Guevara se reciclaba en las nuevas generaciones y era, a su manera, un seguidor de Ezra Pound. Vivía por Pachacamac, como si lo hiciera en el campo, y no le gustaba para nada la ciudad. La última etapa creativa se caracteriza por unos poemas largos y fue siempre un asiduo al cine club. Su poesía se vio enriquecida por las ciencias sociales y el cine. La última vez que lo vi fue en Guadalajara. A Blanca Varela me dicen que no vale la pena verla porque nos moriríamos de la tristeza. Blanca no es la de antes, me dicen. No puede hablar. No controla las palabras, e imagínate lo que eso significa para una poeta. Y a Leopoldo Chariarse, si queremos verlo, habría que visitarlo en Alemania y escucharlo tocar el laúd, como cuenta la leyenda. Alejandro Romualdo, más bien, otro de los sobrevivientes, anda encerrado en una casa del Olivar, en San Isidro. Nuestros padres se están yendo, se van, se han ido. ■

HERMAN SCHWARZ



↑ Juan Gonzalo Rose, el típico bohemio genial e irónico.